

Actas del
VI Congreso Internacional
***CELEHIS* de Literatura**
Literatura argentina, española y latinoamericana



(Rufino Tamayo, Sandías, 1968)

6, 7 y 8 de noviembre de 2017
Mar del Plata, Argentina



Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura / Acosta, Ricardo ... [et al.] ; compilado por Virginia P. Forace; María Pía Pasetti. - 1a ed . - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-817-9

1. Estudios Literarios. 2. Actas de Congresos. I. Acosta, Ricardo, II. Forace, Virginia P., comp. III. Pasetti, María Pía, comp.

CDD 807

Fecha de catalogación: 21/03/2018

ISBN 978-987-544-817-9



9 789875 448179



CENTRO DE LETRAS HISPANICAS

Facultad de Humanidades / UNMDP
Portal de Encuentros

Actas del VI Congreso Internacional

Celehis

de Literatura

ISBN 978-987-544-817-9

De la comunidad a lo lejos.

Narrativas contemporáneas en situación de playa

Rosalía Baltar

UNMDP-CELEHIS

1. Introducción

Los estudios acerca de las representaciones del espacio llamado ribera, costa, balneario, playa, pertenecen al mundo de la historia -en el caso de lo que ahora se ha puesto de moda, el “giro afectivo”, pero que tiene una ya dilatada tradición, de la que podemos convocar las investigaciones de Alain Corbin o a los estudios de las mentalidades encarnados en un libro insoslayable para este tema como lo es *Mediterráneo* de Fernand Braudel, sumado a las investigaciones relativas al cuerpo, a las vacaciones, a la medicina, etc. de la historia social y la historia política- o al mundo de la filosofía y el arte, si tomamos la reflexión sobre la ciudad, los sentidos, las percepciones, las imágenes, las memorias (Foucault, Gastón Bachelard, Deleuze y Guatari, Nancy, Didi Huberman, entre otros).

Aunque parezca de Perogrullo, hay una mirada común en torno a la playa como un espacio que se centra en su posibilidad de constructo humano (no es “natural”, simplemente) e historizado (no siempre existió tal como lo concebimos actualmente). Alain Corbin describe las representaciones que mostraban el mar como un elemento maligno, diabólico, de repulsión, la imagen de lo informe, ilimitado, y tras ella, desconocidos “balbucesos” de imágenes que dan cuenta de subjetividades que comienzan a desear una indagación o experiencia al respecto. Luego, la configuración de un placer

nuevo, el descubrimiento de la ribera, ya para la salud o para contrarrestar el *spleen*, ya para un retiro de descanso, momentos en los que las representaciones son pensadas en términos paradójales: las ansiedades y temores de las élites se transforman, el sofoco en el mar como placer y terror, “oscuras alegrías” en las ciudades balnearias. Recuerdo esa ambivalencia entre moral y perversión que provocaba en el protagonista de *Muerte en Venecia* la presencia semidesnuda del joven Tdazio: un cuerpo apolíneo es atraído por el infierno de la vejez cuya máscara decadente contamina la imagen ideal. El infierno es traducido como insatisfacción y, a diferencia de la conocida sentencia sartreana, “el infierno son los demás”, Thomas Mann propone el infierno como frustración, esto es, la condición misma del hombre. Todas estas nociones adquieren la matriz de la distancia para ser nombradas: las escenas de playa que describiré a continuación tienen como base esa estructura que marca la posición asimétrica y descentrada de lo otro, además del contenido paradójico que ponen de manifiesto.

2. Lo informe

El esquema es ambicioso: en la playa, en el que una comunidad precaria e inoperante se resuelve, los sujetos lectores se hacen en el espacio urbano y a la vez natural de los balnearios. De alguna manera, la ciudad es un concepto, un emblema, un monograma, un esquema, dirá Jean Luc Nancy, que “consuena” con el motivo de la civilización (2013: 9), de modo que, en la ciudad balnearia, agrego, los elementos de esa dupla en apariencia indisoluble se enfrentan y apelan a su constitución desde una paradoja. La ciudad balnearia es un oxímoron, que reporta, entonces, toda una suerte de “como si, pero no”. En su artículo de 1987, el filósofo advierte que, con la construcción de las ciudades ha habido una conceptualización -desde Platón en adelante- que, de alguna manera, rechaza el pensar lo móvil: hasta el *flaneur*, nos dice, es “demasiada

verdad”, se vuelve estático por su adecuada tipología y significancia (18). Allí mismo, fija su atención en Los Ángeles, cuyas características le parece rompen con los dominios de pensamiento que se han cristalizado respecto de las ciudades. Y uno de ellos, útil para pensar la ciudad balnearia, es el rechazo por los signos de “construir”, de esa estabilidad y solidez que se vive en la gran ciudad,¹ así como la doble índole de imprecisión de sus confines -los vagos límites entre Gesell, Mar Azul, Las Gaviotas, etc.- y la descentralización de los espacios públicos (20). Con todo, pervive el carácter de lo civilizado en el balneario en su carácter de implante, formulado como una extensión de aquella civilización propia de la burguesía.

Un ejemplo harto conocido para el público argentino es el que se ve en la tira de Joaquín Lavado, *Mafalda*. Como un abrevadero de lugares comunes, la familia del personaje principal veranea en Mar del Plata, y allí, conoce a quien será uno de sus amigos en la ciudad:



¹ Insoslayable el contraste vívido que se da en la casa porteña de Victoria Ocampo y en su casa marplatense.



Sopa y playa, personas y fideos: cantidad, mezcla, informidad, zona en la que la civilización se halla ralentizada por la indiferenciación que provoca el código de la desnudez, la horizontalidad y la inactividad; remisión a los elementos tumefactos de lo crudo y lo cocido, de mezcla y disturbio. Otro niño, el personaje Alan Pauls en su infancia marplatense, experimenta ese horror por la informidad:

Lo mismo me preguntaba yo de chico cuando, de vacaciones en Mar del Plata, en enero, atravesaba la rambla de Playa Grande y veía la extensión de la playa literalmente incrustada de miles y miles de pequeñas cabezas humanas, a tal punto que nadie que no hubiera estado allí en un día nublado, con la playa vacía, habría podido afirmar con algún viso de fundamento que en alguna parte había algo parecido a arena. Sólo que el temor que Diderot abrigaba en relación con el mar, la posibilidad de que liberara de golpe todas sus fuerzas reprimidas y las descargara sin piedad contra los que lo contemplaban extasiados, yo, incrédulo ante ese despliegue de desnudez, lo temía de la gente. ¿Cómo era posible que ese amasijo de cuerpos apenas cubiertos, brillantes de cremas, de sudor o de agua, recalentados sin medida por el sol (hablo de la playa de los años 60, la playa despreocupada o suicida de antes del agujero en la capa de ozono) y una proximidad casi promiscua, intolerable en cualquier otro contexto, no desbarrancara fatalmente en un estallido sexual multitudinario, una orgía masiva y salvaje, una explosión de violencia letal? (53)

Algo late debajo de esa proximidad de cuerpos (“amasijo”) que, desde la mirada del niño -lo imaginamos vestido y arriba, componiendo una escena en la que no participa, en las escalinatas de Playa Grande-² representa una peligrosidad no programada, no sistematizada. Los niños contrastan el mundo conocido (la sopa, la gente vestida y de pie) con ese universo “revuelto” que, en ambos casos, revela un temor. También, en las dos escenas los niños están fuera, son formas frente a la enfermedad.

Por otro lado, cuando se someten por fin a ser partícipes de ese ritual, buscan mecanismos de distanciamiento. En la tira, Miguelito consume un medicamento para las náuseas y en el texto de Alan Pauls, la distancia se expresa en el filtro que impone la clasificación (¿el pensamiento estructuralista?) dirimiendo la experiencia de la playa entre lo seco y lo húmedo, esto es, entre las formas diferenciadas y lo informe (lo que se pega, irrita, molesta y repele).

3. La imposibilidad

Las largas temporadas de Adolfo Bioy Casares en Mar del Plata son prácticamente un registro repetido por años de la elipsis; sin detalle, en su *Borges*, de esos días en la ciudad, en especial, si lo relacionamos con la extensión temporal en la que Bioy halla su estancia en esas playas. Largas temporadas de silencio, interludios en la rutina marcada por otra repetición, “Cena en casa Borges”. Cuando hay palabras en Mar del Plata, es por la presencia de Borges en la ciudad o por teléfono o por carta. En 1963 a ambos les parece un escenario poco propicio para la escritura:

² Mafalta y Miguelito también están en una playa alta observando a los bañistas “desde arriba”.

Martes, 12 de marzo. En Mar del Plata. Con Borges, alguna vez, en una suerte de *snobismo* a revés, convinimos en que había lugares en que *no podía uno* situar un cuento. Palermo, el Palermo de los lagos, era uno; Mar del Plata, otro. Nos parecía que situar la acción en Mar del Plata y lograr que todo el relato no se tiñera de trivialidad era una prueba superior a nuestras fuerzas (860).

No se puede escribir, tampoco estudiar o leer. ¿Qué ha pasado con los ojos de Borges en Mar del Plata? Ha perdido la retina, nada menos. Esa pérdida implica, en Bioy, una disminución en las posibilidades de expansión genérica de Borges: ya no escribe cuentos, ahora sólo poesía. La ceguera le impide desarrollar su narrativa.

Aunque nuestro dandi no pierde sus cualidades de tal en la ciudad balnearia, se destaca que en Borges hay una vuelta a lo primitivo: se niega la ducha luego de la inmersión en el mar, descuida salir del baño con los pantalones debidamente acomodados, etc. Imposible escribir sin trivialidad, escribir recuperando la visualidad, conducirse con las normas de la civilización: ningún detalle es determinante, pero la serie (que se puede componer con muchos otros elementos a lo largo de las 6000 páginas del texto) postula situaciones en la villa balnearia de lugar incierto o descolocado.

4. Ausencia

El texto que convoco ahora se inscribe, por un lado, en la perspectiva común a los dos previos: no cabe duda, en su narrador, dónde está el centro y dónde está lo otro. Sin embargo, en cada caso el binomio “yo/los otros” se va armando desde representaciones diversas en las que esta dicotomía es más o menos funcional, necesaria o indiferente a la construcción de esas voces. En *El desperdicio* de Matilde Sánchez (2007) se describe en tres tiempos y en tres espacios la vida de una profesora de literatura cuya obsesión teórica es la del extrañamiento de los formalistas rusos. Esta

preocupación entrelaza las formas que tiene el personaje de percibir la experiencia con la propia indagación y metodología en cuanto al estudio de la literatura y la transmisión de saberes en torno a ella en diversas instancias -cátedras, grupos de lectura, colegio secundario. La narradora es testigo de ese proceso, comprometida como discípula-amiga, última incorporación a un grupo cercano a la protagonista, toda una sociabilidad situada en la vivencia urbana de la ciudad de Buenos Aires que experimenta con exotismo la propiedad de la protagonista de pertenecer a Buenos Aires y “al campo”. Estudia en la UBA y en algún momento se da la oportunidad de dar clases en Mar del Plata.

El traslado a la playa en, en principio, un exilio, en el cual se piensa reponer aquello que el espacio propio no puede dar, en este caso, la posibilidad de dar clases a nivel universitario, la ciudad es una segunda opción. Es iniciación de lectura para otros, no para el personaje que va hacia ella como el porteño que funda y genera inquietud de biblioteca en el siglo XX o en el XX:

Enseguida tuvo su corte de acólitas y fanatizó a los pocos varones que seguían la carrera de Letras y mientras el grueso de los profesores tenía gran dificultad en conseguir que los estudiantes leyeran algo, tan siquiera crónicas, ella lograba despertarles ardor por la literatura y los impulsaba a escribir (62).

La relación remeda la civilización/barbarie, a través del intelectual que viaja en tren, que da su saber, mientras los receptores son “acólitas”, forman parte del “séquito” fanatizado:

Cansados de esas miserables fotocopias que se borraban al contacto con los dedos, muchos incluso volvían a comprar libros y armar su propia biblioteca. Es indudable que transmitía una ilusión singular de saber y esto les permitía avanzar en el programa con entusiasmo (...) Se tragaban toda la obra de la Opoiaz de San Petesburgo; a Viktor Schklovski, a los *Agitprop*, enteros; a los *proletkult* y el círculo de Praga se los aprendían de memoria; al fondo del origen querían ir, a los *Junggrammatiker*, a los arbatovianos de Copenhague, finalmente a los oulipianos

y Tel Quel... Barthes completo en francés. Desde luego, todo Foucault se tragaron antes que nadie. No era necesario persuadir a los alumnos de ninguna otra lectura, por esa vía regia del saber agarraban aplicando al milímetro. Este séquito conformaba una cadena repetidora, al punto de que cualquier otro abordaje sonaba falso o anacrónico. Era una religión con una iglesia dogmática y altiva y Helen reinaba... (62-3).

Una ciudad para el exilio de saberes, sin bibliotecas y sin interlocutores, siempre en una asimetría. El espíritu de asociación en Sarmiento es justamente horizontal, el uso del trabajo y la conversación propician esta sociabilidad. Sin sociedad no hay civilización. ¿Y es, en verdad, una “sociedad” aquella instaurada verticalmente, *regia*, *religiosa*, *dogmática* que procura la dominación del otro? ¿Es fundar una sociedad conformar una “cadena repetidora”? La que piensa es la profesora; animalizados, sus “acólitos” “agarraban aplicando al milímetro”, no están emancipados para pensar, diríamos con Levinas, sino que mientras *tragan*, *engullen*, *memorizan*, son tragados, engullidos, memorizados y olvidados (no vuelven a aparecer en toda la novela).

Conclusión

La ciudad balnearia que se reconstruye en algunas historias es la ciudad de despojos, de espacios antiguamente construidos y ahora dotados de un anacronismo que los vuelve grietas de significados. Informidad, restos, elipsis, anacronismos: procedimientos que revelan cómo el arca de Noé, esa visión antediluviana del mar y la playa aún nos habita y está entre nosotros.

Referencias bibliográficas

- Pauls, Alan (2004) *La vida descalzo*. Buenos Aires: Sudamericana.
Sánchez, Matilde (2007), *El desperdicio*. Buenos Aires: Alfaguara.
Quino, Joaquín Lavado (1970), *Mafalda*. Buenos Aires: Edición de la Flor.
Bioy Casares, Adolfo (2006), *Borges*. Barcelona: Destino.
Luc-Nancy, Jean (2013), *La ciudad a lo lejos*. Buenos Aires: Manantial

Corbin, Alain (1993), *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*. Madrid: Mondadori
Levinás, Emmanuel (1993), *El tiempo y el otro*. Barcelona: Paidós.